Poema primaveral

“Comienza la primavera y tú, aunque no estás, sigues viva en mi recuerdo y alma. Te regalo, una vez más, Granada entera, vestida hoy de novia primaveral, azul y nieve y te regalo la magia, el sol y colores de la Alhambra.”

El día se presentó muy sereno. Con el cielo todo azul intenso, varias nubes blancas, sin viento ninguno y el clima templado. Solo a primera hora hizo un poco de frío y luego, en cuanto salió el sol, la temperatura fue subiendo. Un sol brillante y cálido, como siempre lo es en los primeros días de la primavera en Granada. Era sábado, anterior al Domingo de Ramos.

Y él, por la estrecha senda que se agarra a la torrentera, caminó despacio. Por su derecha iba quedando la blanca y ampulosa cascada. En las altas cumbres ya empezaban a derretirse las nieves y por eso el arroyo bajaba casi a tope. También por esto la cascada caía más llena que nunca y más luminosa que ningún otro día del año. Se paró en la curva que la senda traza justo frente donde la cascada es más grande. Tan cerca de las aguas que casi podía tocarlas con sus manos. Y miró despacio a las aguas y luego observó los rayos de sol cayendo desde lo más alto. Como si se derramaran desde la misma nieve de las altas montañas. Meditó durante un rato y la recordó.

Siguió luego subiendo hasta que media hora más tarde, llegó a lo más elevado. Donde las tierras se tornan llanas y el pequeño lago se extiende plácido. La fresca hierba tapizaba limpia, un par de tórtolas arrullaban en las ramas del viejo castaño y la inmaculada nieve relucía esplendorosa en las cumbres. Cerca de las aguas del pequeño lago se mecían los narcisos, algunas peonías, muchas margaritas y más de una docena de otras frescas florecillas. Y en las limpias aguas del lago, el azul del cielo se reflejaba. Con la nitidez de la imagen más limpia en la superficie del más bruñido espejo y como si jugara.

Por el lado de arriba, casi bajo las ramas del centenario castaño, buscó un sitio y se sentó. Sobre una gran roca, frente al sol de la mañana y frente a las serenas aguas del lago. Al fondo se veía la ciudad de Granada y, emergiendo como del propio corazón de la ciudad, se veía el barrio del Albaicín y la Alhambra. Como si pretendieran elevarse desde la tierra y venirse a jugar con las tranquilas aguas del lago. El día seguía muy sereno y el cielo sangrando azul intenso.

Sacó su pequeño cuaderno de la mochila, cogió el bolígrafo y despacio escribió: “A este lugar no te traje nunca. Pero hoy, cuando la primavera comienza y la Semana Santa llega, me vengo aquí contigo. Aunque solo sea en forma de recuerdo y sueño en mi corazón y alma. Todo brilla con la luz más fresca y la más sincera belleza. Y en las aguas azules de este lago ahora mismo se refleja Granada, tu recuerdo, la nieve de las cumbres de Sierra Nevada y el sol purísimo de la hermosa mañana. Como si hoy fuera un día único. Por eso todo es como en aquellos tiempos y por eso jamás te borras de mis pensamientos. Te regalo este momento, la limpia luz de estas aguas, el verde de las ramas del viejo castaño y todas las florecillas que la primavera viene regalando. Te regalo, una vez más, Granada entera, vestida hoy de sol primaveral, azul y nieve y te regalo la magia y colores de la Alhambra. Comienza la primavera y tú, aunque no estás, sigues viva en mi recuerdo y alma”.

Y después de escribir esto cerró su cuaderno. Guardó el bolígrafo y, junto a las serenas aguas del lago, se quedó setando. Contemplando, meditando y agradeciendo. Como si ninguna otra cosa fuera más importante en su vida en ese momento